

# Domingo

EL MERCURIO

## ANTÁRTICA EN 30 DÍAS

PARA SUBIR MONTAÑAS POCO  
EXPLORADAS Y RECORRER EN KAYAK

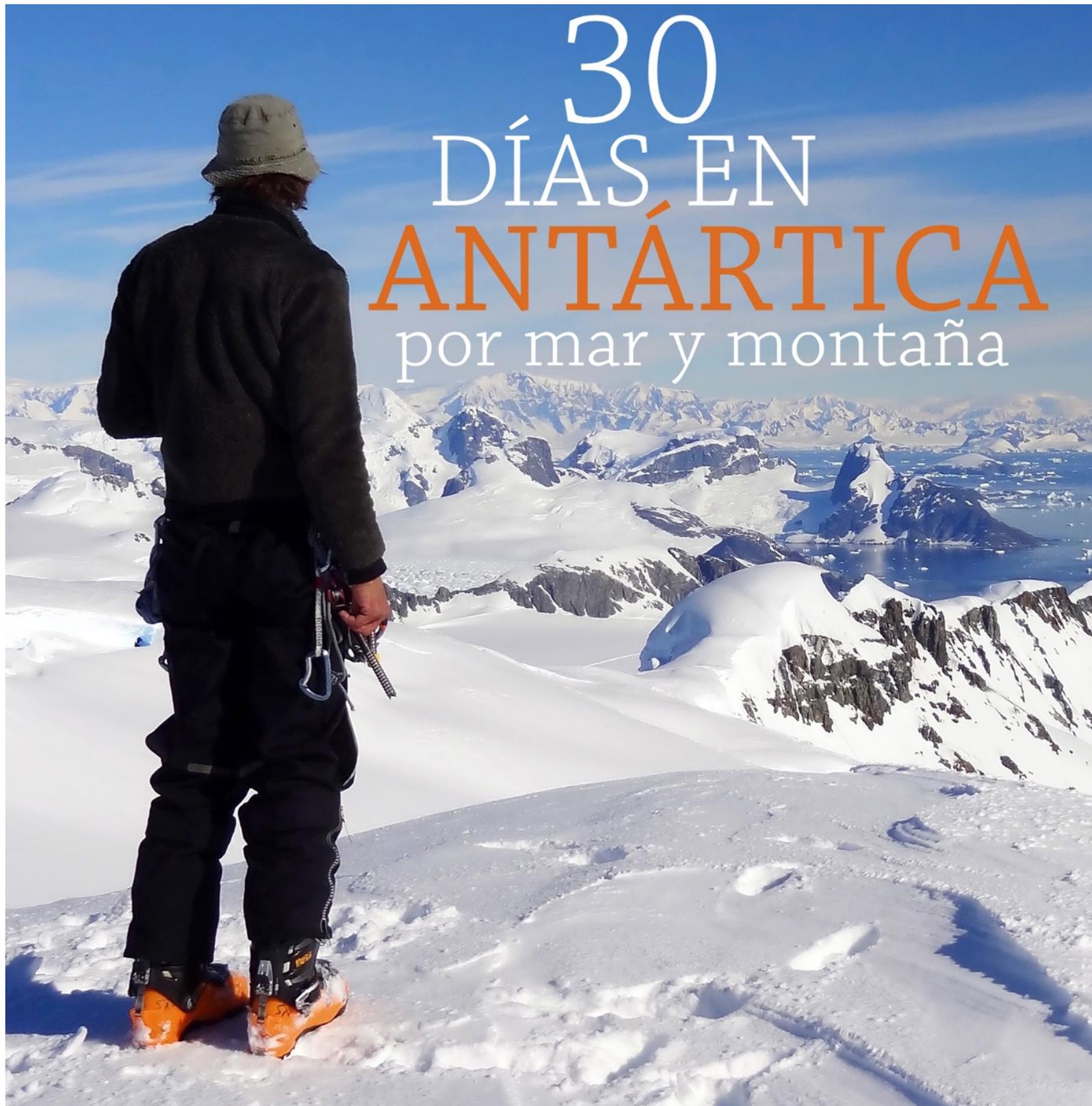
*Por Rodrigo Jordan*

**SIPADAN, MALASIA**  
Uno de los mejores  
buceos del mundo

**EL MOMENTO  
ACTUAL DE CUATRO  
RESTAURANTES  
DEL NUEVA YORK  
CLÁSICO**

**24 HORAS EN  
PUERTO MONTT**

FOTOGRAFÍA: RODRIGO JORDAN

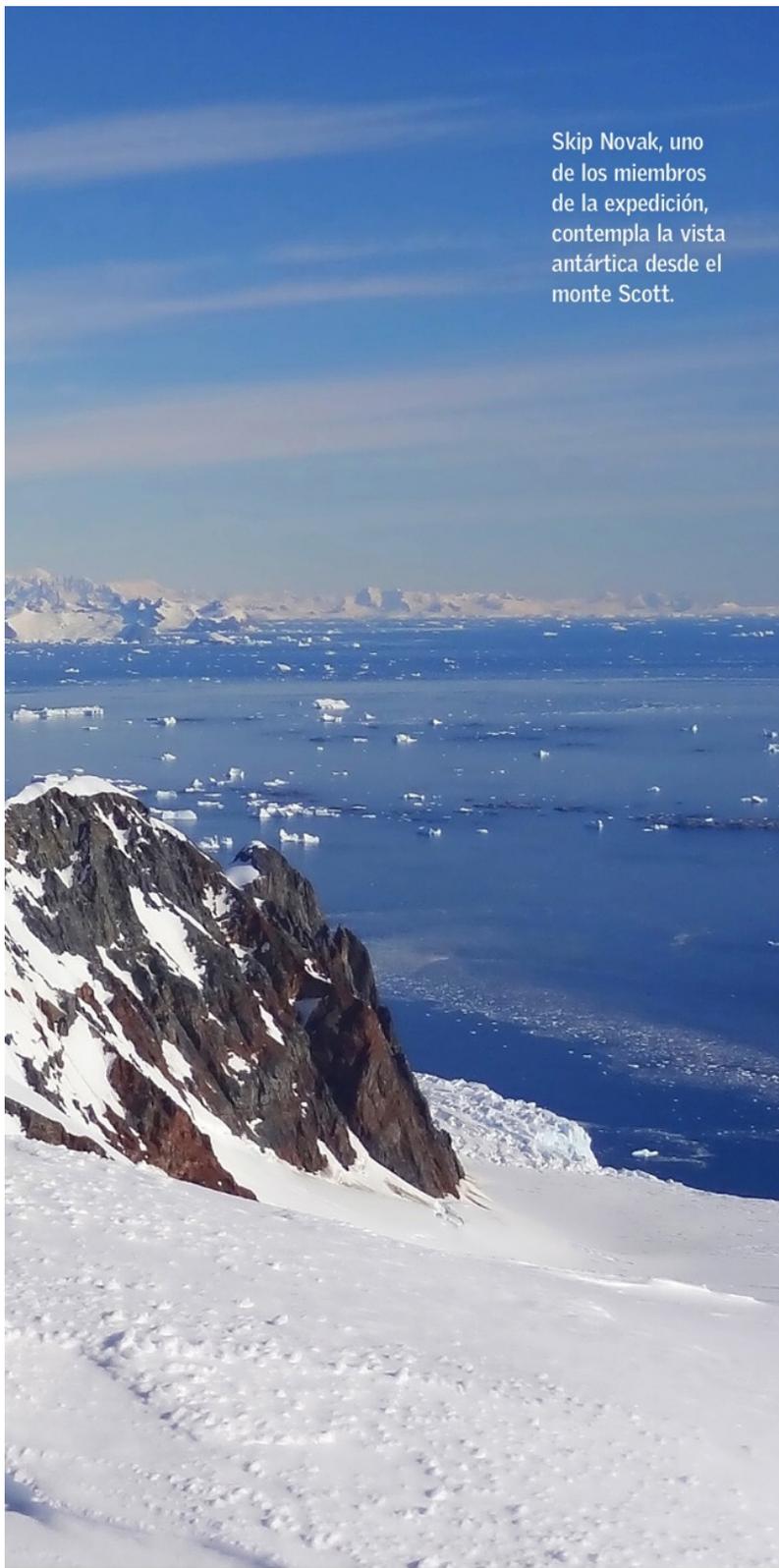


# 30 DÍAS EN ANTÁRTICA por mar y montaña

Desde comienzos de febrero de este año, el explorador **Rodrigo Jordan**, junto a un **equipo** de once **navegantes** y **escaladores** de Estados Unidos, Inglaterra y Australia, se lanzaron en la aventura de escalar algunos de los montes **menos explorados** de la Península Antártica y **recorrer sus canales** más **prístinos**. Un viaje que tenía por objetivo recuperar **el espíritu inicial** de un expedicionario: **la aventura** por la aventura.

Texto y fotos: **Rodrigo Jordan**, desde la Antártica.

Skip Novak, uno de los miembros de la expedición, contempla la vista antártica desde el monte Scott.



Una expedición antártica es una travesía que da para hablar de todo: de ciencia y de geopolítica; del calentamiento global, de reclamaciones territoriales o del agujero en la capa de ozono. De hecho, en mi última expedición a este continente, en 2008 (junto al periodista Jon Bowermaster, de *National Geographic*, y al navegante Skip Novak), nuestro objetivo fue

constatar en terreno los efectos del cambio climático en la flora, fauna, geología y aguas antárticas.

Pero ahora, la idea de volver a Antártica –junto a once navegantes y montañistas estadounidenses y europeos– era tan primaria como atractiva: vivir la aventura por la aventura, sin obligación de escribir un reporte, sin tener que tomar muestras, constatar hechos biológicos o documentar

rigurosamente la expedición.

Queríamos hacer un viaje que combinara mar y montañas: tomarnos un mes entero para cruzar en velero las aguas del Paso Drake, hasta llegar a la península Antártica, navegar en kayak por sus aguas y escalar algunos de los principales montes de la región.

Si me preguntan qué quisimos lograr con esta expedición, es difícil responder. No es que quisiéramos ser los primeros (ya hay mucho de “venta” en ese concepto). Siempre hay un primero, pero siempre hubo otro antes que lo intentó. En 1992, fui parte del primer equipo chileno que llegó a la cima del Everest, pero había 400 personas de otros países que habían subido antes que nosotros. Por eso, querer ser “los primeros” es, a estas alturas, una categoría ficticia. Digamos que quisimos hacer este viaje sólo por hacer lo que sabemos hacer. Como cuando un pintor agarra sus pinceles en fin de semana. O como cuando unos amigos se ponen de acuerdo para subir el cerro El Plomo. Al pintor le gusta pintar. Al escalador, subir montañas. Claro que nuestra expedición, además, pondría a prueba nuestra experiencia como montañistas y navegantes.

## DÍA 1 DURO COMO EL EVEREST

Quince meses antes de la partida recibí el mensaje: nos juntaríamos el 2 de febrero de 2013 en el puerto de Ushuaia, Argentina, para iniciar la expedición.

En noviembre de 2011, el explorador inglés y presidente del Consejo Británico de Montañismo, Stephen Venables –primero en subir al Everest por la ruta del Kangshung en 1988, la misma que hicimos los chilenos en 1992–, vino a Chile invitado por Vertical, y me comentó que tenía intenciones de juntarse con Skip Novak (con quien yo ya había viajado) para realizar una expedición de mar y montañas. Skip, un estadounidense pionero en hacer viajes a esta zona desde 1993, pondría su velero –el Pelagic Australis,

construido especialmente para hacer navegaciones por altas latitudes– y Stephen organizaría al grupo de escaladores que integraría el viaje. Cuando me ofreció ser el guía de montaña, obviamente acepté. Stephen dijo que el viaje consistiría en ingresar a la península y subir montañas. Por eso se llamaría *Antártica 2013: mar y montañas*.

Antártica es un planeta aparte. Un lugar de belleza interminable. Tiene una pureza grandiosa. Pero también tiene riesgos: es una zona peligrosa, y el Pelagic Australis, aunque tenía 68 pies de largo –suficientes para albergar a los 12 viajeros que iríamos en total–, un casco doble de aluminio para enfrentar los hielos y un equipo de zodiacs, kayaks y trineos para moverse por distintos lugares, era una nave pequeña y cualquier accidente deberíamos enfrentarlo solos. Para nosotros ésa era la aventura misma: ir a un lugar muy poco conocido, que exigiría lo máximo de cada uno.

El sábado 2 de febrero de 2013 fui el primero en llegar a Ushuaia. Allí se reunieron conmigo Skip y Stephen, y conocí al comandante del Pelagic Australis, el inglés Magnus Day; a Laura, su señora, periodista de BBC y primer oficial, y a Bertie, miembro de la tripulación. Más tarde llegarían el estadounidense Tony Bell, los ingleses Rob Davis (que además sería médico de la expedición), Nick Putnam, Toby Fountaine y David Mckeeney, y al australiano John Hollo.

Desde aquí serían cuatro días de navegación por el mítico Paso Drake –considerada entre las aguas más complicadas para navegar en el mundo–. Cuatro días para los que hay que estar muy bien preparados. En el barco estábamos curados de espanto: todos éramos navegantes o escaladores y, como tales, teníamos desarrollado nuestro umbral de tolerancia. Eso que llamamos “el arte del sufrimiento”. Pero ahora puedo decirlo: cruzar el Drake en velero es tan duro como subir al Everest.





"Antártica es un lugar de belleza impresionante. Tiene una pureza grandiosa", dice Rodrigo Jordan.

Con el tiempo uno aprende a leer las grietas (cuando hay planchones de nieve de distinto color, por ejemplo), pero la experiencia nunca puede garantizar total seguridad así que fuimos con extremo cuidado, marchando sobre nuestros esquís equipados con piel de foca (técnicamente, son "pieles" sintéticas, pero siguen llamándose de foca porque inicialmente se fabricaban de ese material) para evitar resbalar en la nieve.

Cambiar nuestra ruta significaba subir otro monte antes de llegar al Francés: el Agamenón, de 2.750 metros. Aquí tuvimos nuestro primer damnificado: el estadounidense Tony Bell (53), quien después de los tres días y medio de caminata quedó agotado, colapsó por cansancio y llegó sólo hasta los pies del Agamenón. Tuvo problemas con sus zapatos y esquís, estaba ampollado y no daba más. Seguimos sin él y más tarde, después de bajar el Agamenón, otros dos se quedaron en el camino, también rendidos por el cansancio. Después de 15 horas continuas de caminata, al monte Francés llegamos sólo seis y nos tomamos la foto de rigor.

He estado por lo menos 12 veces en Antártica, pero la vista desde este lugar era espectacular. Miraba la cara de Stephen Venables (era su primera vez aquí) y estaba profundamente emocionado de ver tanto de esta belleza indescriptible.

El monte Francés no revistió mayores dificultades, salvo durante la bajada, cuando nos pilló una tormenta. Estábamos advertidos de que sucedería. Desde el barco nos habían avisado por radio que intentaríamos regresar antes de las 3 de la tarde, pero no alcanzamos. Y a las 3 en punto se desató ese viento blanco que cierra todo.

Durante la ascensión habíamos hecho una huella en el camino para saber qué lugares estaban libres de grietas, pero de vuelta esa ruta ya no existía. Tuvimos que ir GPS en mano tratando de orientarnos: caer o extraviarse eran sinónimos de que no volveríamos



## DÍA 2-6 CHOCOLATE CALIENTE

Podríamos haber elegido esto: tomar un avión hasta la isla Rey Jorge, y que el velero nos pasara a buscar allí para luego llevarnos a la península. Pero nos habríamos perdido una parte grande de la aventura, tal como alguna vez la vivieron Ernest Shackleton o Robert F. Scott en sus viajes pioneros a Antártica.

Eso no significa que los cuatro días de travesía no nos dejaran hastiados. El barco se escoró en 35 grados durante todo el viaje por efecto del viento, lo que significa que quedaba, literalmente, zamarreándose de lado. Es duro, durísimo. Sobre todo a la hora de hacer guardia para vigilar las condiciones del mar. A mí me tocaba la hora más dura: entre las 2 y las 6 de la mañana. Aunque el radar es una gran ayuda, hay que ir con los ojos bien abiertos para evitar chocar con un iceberg.

En estas circunstancias, la convivencia podría haber sido un infierno. Pero no. Desde el primer momento el grupo demostró ser gentil y tener un compañerismo muy grande. No sólo estaban preocupados por el barco sino también por los otros aventureros. Cuando empezaba mi jornada de vigilancia, el grupo anterior siempre se había preocupado de dejar café y chocolate caliente. Era un buen detalle. Estoy acostumbrado

a guiar gente a la cordillera, por lo que la responsabilidad sobre los que saben menos es mía. Pero aquí íbamos entre pares. Cada uno se preocupaba de no tener problemas, porque en una expedición como ésta, ésta es la mejor forma de ayudar al resto. Igual nada de eso pudo evitar que llegásemos al destino muy, realmente muy cansados (y apaleados).

## DÍA 7-15 UN LLAMADO DE RESCATE

Nuestro primer objetivo era la isla Anvers, en el centro de la península Antártica, un camino distinto al que realizan habitualmente los cruceros. Atravesamos el estrecho de Gerlache y nuestro desembarque inicial fue en Port Lockroy (donde está el Antarctic Heritage Trust Museum, en lo que antiguamente fue la base inglesa de Port Lockroy). Desde allí nos dirigimos al Jabet Peak, un monte de 580 metros de altitud que nos sirvió como entrenamiento. Nuestra idea era circundar la isla Anvers para llegar a su cara oeste, a Bonnier Point, y desde

allí alcanzar nuestro verdadero primer gran objetivo: el monte Francés, de 2.825 metros, el segundo más alto de la península y apenas explorado.

Una cosa son los planes y otra lo que las condiciones climáticas permiten. Nunca llegamos a Bonnier Point, ya que fue imposible estabilizar el zodiac que nos permitiría desembarcar en la costa, por lo que tuvimos que retroceder hacia el este, hasta llegar a Access Point. Desde allí, alcanzar el monte Francés implicaba tres días de caminata, a un ritmo de siete horas diarias, sólo para ver,

en el cuarto día, que había un campo de grietas en el glaciar que nos obligó a cambiar la ruta.

Mientras el velero nos esperaba en Port Lockroy, para esta parte de la expedición decidimos ir los nueve montañistas, divididos en tres cordadas. Aquí era indispensable que cada uno fuera amarrado –nosotros decimos “encordado”– a un par de compañeros: así, en caso de caer a una grieta –muy comunes en este lugar– el peso de los acompañantes evitaría que cualquier caído se hundiera.

"ESTA EXPEDICIÓN PONDRÍA A PRUEBA TODA NUESTRA EXPERIENCIA COMO MONTAÑISTAS Y NAVEGANTES".



1. En la isla Anvers, el grupo instaló su campamento a los pies del monte Agamenón.
2. Una foca leopardo, el mayor depredador de los pingüinos.
3. Wardi House, una base abandonada que está junto a la de Vernadsky
4. La aventura incluyó navegación en kayak.



nunca al campamento base.

La tormenta duró cuatro días. Los dos primeros logramos capearlos en el campamento (donde nos esperaba Tony) y decidimos esperar un día más allí hasta que amainara. Pero cuando nos dimos cuenta de que la comida se estaba acabando, y que las carpas poco a poco se estaban enterrando en la nieve (lo que nos obligó a hacer turnos para palear y despejarlas), con Skip Novak decidimos caminar bajo la tormenta hasta el barco. Era una decisión obvia, pero tampoco nos quedaba otra: se nos acababan los suministros y el mal tiempo no tenía intenciones de

irse. Teníamos que salir del lugar. Tony iba destruido: lo que le pasó le puede pasar al montañista más experimentado.

Cuando llegamos a la costa, tuvimos que pasar una noche más porque el velero no podía llegar a buscarnos. Al día siguiente, cuando al fin pudo recogerlos, hicimos una gran comida para celebrar. Esa tarde comimos y bebimos hasta que algo nos sacó de la fiesta: un llamado de rescate.

Desde un velero vecino, un grupo de navegantes había salido a dar un paseo por los glaciares en torno a Port Lockroy y uno de sus integrantes había caído a una

grieta. Cuando lo encontraron, a eso de las 10 de la noche, no pudieron rescatarlo y necesitaban ayuda. Fuimos Skip, Stephen, Robert (el médico del grupo), Nick y yo, con cinco cervezas en el cuerpo y demasiada comida en el estómago. Por suerte teníamos los implementos adecuados.

Si no hubiésemos estado allí, ese hombre podría haber muerto.

### DÍA 16-25 LA AVENTURA POR MAR

Nuestro siguiente objetivo fue recorrer el canal de Gerlache y entrar por el canal Lemaire (conocido como "canal Kodak", por la espectacularidad de sus paisajes) y subir el monte Scott (880 metros), que no tiene mucha más gracia que su nombre, que honra al héroe antártico Robert Falcon Scott, y una increíble vista hacia el Lemaire.

Cumplimos el objetivo en 12 horas y volvimos al velero ese

mismo día. Entonces, decidimos que ya era hora de navegar en kayak: después de todo, de los 12 que estábamos en la expedición, había seis que nunca antes habían estado en Antártica. En esta zona las aguas son tranquilas, sin grandes marejadas y casi no hay posibilidades de darse vuelta. Si eso pasara, la muerte sería segura: bastan cuatro minutos en esas aguas frías para quedar inconscientes, y otros cuatro para morir congelado.

Lo que hicimos entonces fue tomar los kayaks y recorrer las islas antárticas un poco menos exploradas, como las Peterman, donde han llegado los pingüinos Gentoo, que eran especialmente interesantes para mí: en una expedición anterior había visto que, producto del calentamiento global, esta especie subantártica había estado quitándole terreno a los pingüinos Adelia, netamente



"EN ESTE MES NAVEGANDO, EMPEZAMOS A PARECERNOS A LOS PINGÜINOS: VEÍAMOS Y VEÍAMOS PASAR CRUCEROS".



Cada explorador debe cargar su trineo, que pesa, en promedio, 60 kilos.



antárticos. También fuimos a las islas Argentinas y a la base ucraniana Vernadsky (conocida porque a toda mujer que pasa por este lugar le piden que deje su sostén como recuerdo, a cambio de un vaso de vodka), donde nos hablaron de unos glaciares que se podían ver hasta hace un par de años, pero que ya se habían derretido.

Entonces pude apreciar cómo todo lo que los científicos dijeron que iba a pasar en esta zona, se había estado haciendo realidad. Por eso, de lo que vi, nada me sorprendió mucho. De hecho, pensé, el debate ya no debiera ser si está o no ocurriendo el calentamiento global, sino sobre las acciones preventivas que hay que tomar ahora mismo. Antártica está siendo archivisitada por el ser humano y eso tiene consecuencias.

Mientras pasábamos ese mes navegando en velero, sentimos que nos empezábamos a parecer a los pingüinos: desde nuestra ubicación, veíamos y veíamos pasar cruceros. De hecho, cuando los pasajeros viajan en uno de estos grandes barcos usualmente no ven a los de otros cruceros y sienten que están prácticamente solos. Lo creen, además, porque la industria turística está organizada para funcionar así (*N. de la R.: según la convención de la Asociación Internacional de Operadores Turísticos Antárticos, los desembarcos tienen un número limitado de personas –no más de 100 por grupo– que pueden pisar suelo antártico por tiempo limitado –una hora–*). Sale el barco de la mañana y entra el de la tarde. Hay barcos todos los días, todo



el verano. Y en la pingüinera baja gente todos los días. Es decir, estas aves no dejan de ver gente durante cuatro meses.

En Port Lockroy están haciendo un estudio comparando los lugares autorizados para desembarco humano y otros donde no está permitido, para ver cómo afecta al desarrollo de las pingüineras. Aún no están los resultados. Pero de que hay consecuencias, las hay.

### DÍA 25-30 DE VUELTA DE LA LUNA

El último monte que intentamos alcanzar fue el Luigi (2.300 metros). No logramos llegar a la cima porque estaba cruzada por grietas. Nuestra idea era hacer esta cumbre en un día y faltaron 300 metros para llegar. Suena a poco, pero nos habría tomado unas 15 horas cubrir esa distancia.

Al regreso, navegamos nuevamente por Port Lockroy, enviamos desde allí las clásicas postales con sello antártico, compramos mapas y visitamos el museo de la ONG Antarctic Heritage Trust. Navegamos también por

Además de focas leopardo (en la foto), en Antártica hay focas de dos pelos, que estuvieron a punto de extinguirse.

las islas Melchor, donde vimos escenas espectaculares: ballenas (una incluso pasó por debajo del barco), focas leopardos, pingüinos, líquenes y musgos (hay más de 200 especies), además de focas de dos pelos que estuvieron a punto de extinguirse por la caza humana. Y cuando llegó la hora de volver definitivamente, todos sentimos algo de nostalgia.

El regreso por el Paso Drake fue tan agitado como la ida. Cuando al fin llegamos al Canal de Beagle, bajamos a la playa para celebrar con un asado al palo. Nos mirábamos y pensábamos: la experiencia había sido increíble. Yo me sentía feliz por volver a vivir una aventura sólo por la aventura. Me parecía haber recuperado mis sensaciones más primarias: compartir con mis compañeros el reto de la ascensión, esquivando grietas y dificultades, sin importar realmente si llegaríamos o no al destino. Ése

## ¿CÓMO HACER ESTA EXPEDICIÓN?

"Replicar este viaje es difícil", dice Rodrigo Jordan. En primer lugar, explica, cada vez que alguien va a hacer una expedición tiene que presentar un estudio de impacto ambiental al Tratado Antártico, integrado por los países que suscribieron ese acuerdo. En cada caso, hay que pedir la aprobación del organismo ambiental del país al que pertenece el viajero. "Se debe comprobar estado de salud, qué seguros tienes, cómo vas a salir de allí en caso de accidente", dice el montañista.

En el caso de esta expedición –cuyas gestiones se hicieron en Inglaterra–, se exigió que todo material biológico fuera traído a Chile en contenedores especiales. Más allá de estos requisitos, viajar a Antártica sigue siendo una experiencia muy exclusiva, dice Rodrigo Jordan. Un crucero no vale menos de 5.000 dólares. "Recién ahora están recuperándose las cifras de turistas (alrededor de 30.000 por año) que había antes de la crisis de 2009. Es una pena, pero todavía sigue siendo privilegio de unos pocos".

es, para mí, el gran valor de la aventura. Entonces recordé algo que dice Claudio Lucero y que a mí me está pasando con mis años de expediciones: con todo lo maravillosa que es Antártica, lo que más importa es con quién vas. Y yo había viajado con seres humanos maravillosos.

Hubo un momento que resume lo que fue esta experiencia. Después de que Tony Bell no pudo seguir ninguna de las ascensiones, debió quedarse en el barco. Un día, mientras subíamos el monte Scott, los tripulantes lo llevaron a dar una vuelta en el velero por los islotes. Esa noche nos dijo: "Con todo lo que he visto este día, ya doy por pagado todo mi viaje".

Al final, eso es Antártica. Es como ir a la Luna. Es el viaje de la vida. ■